

Daphne Skinner

PEGADILLA ANTES DE NAVIDAD

Una novela basada en
el argumento y personajes de
Tim Burton



Lectulandia

Una novela basada en el argumento y en los personajes de la conocida película producida por Tim Burton y dirigida por Henry Selick.

Jack, señor de Halloween, descubre la Navidad y queda prendado de ella. Por ese motivo decide mejorarla, aunque su versión de la festividad sea totalmente opuesta. Para su nueva idea secuestra a Santa Claus y lo sustituye. Todos sus sicarios deben trabajar en el nuevo proyecto de Navidad, que resulta bastante macabro. Sólo Sally, su novia, ve el error que está cometiendo.

Lectulandia

Daphne Skinner

Pesadilla antes de Navidad

Una novela basada en el argumento y personajes de Tim Burton

ePUB v1.0

Crubiera 27.09.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Nightmare Before Christmas*

Daphne Skinner, 1994.

Traducción: Marta Fontanals

Diseño portada: Emil Tröger

Editor original: Crubiera (v1.1)

Corrección de erratas: JohnBalzamo

ePub base v2.0

Capítulo uno

Bajo el disco anaranjado de la luna, en un lugar llamado Ciudad de Halloween, las criaturas de la noche estaban muy ocupadas. Las calabazas de Halloween con sus burlonas sonrisas bailaban en el cementerio. Los hombres lobo aullaban. Los cadáveres, los vampiros y las brujas unían sus voces en un macabro coro de júbilo. Ésta era su noche favorita, ¡la noche de Halloween!

Y en esta ocasión había sido magnífica. Cuando se reunieron en el centro de la ciudad para celebrarlo, todos estuvieron de acuerdo. También estuvieron todos de acuerdo en que una noche así no habría sido posible sin la ayuda de su jefe, el rey de Halloween, Jack Esqueletón.

Todos le aclamaron cuando entró en la plaza de la ciudad.

—Estuviste inmejorable, Jack —gritó un vampiro.

—Fue espantoso —agregó un hombre lobo.

—Eres el sueño más entrañable de una bruja —dijeron desternillándose de risa las dos arpías más huesudas de la Ciudad de Halloween.

Gritaron otra vez entusiasmados cuando el Alcalde le dio unas palmadas a Jack en sus raquílicos hombros.

—Gracias, Jack —retumbó la voz del Alcalde—. ¡Todo te lo debemos a ti! Bueno, si tú no fueras el jefe...

Jack le interrumpió.

—Eso no es del todo cierto, Alcalde —dijo con un dejo de impaciencia (¿o era de otra cosa?) en su voz.

Pero el Alcalde no se dio cuenta de que algo iba mal. Estaba resuelto a mantener la atención de la multitud en él mismo.

—Ahora tengo el placer de hacer entrega de los maravillosos premios —anunció—. El primer premio es para los vampiros, por haber sido los que han chupado más sangre en una sola noche. ¡Enhorabuena a los de los colmillos! —retumbó su voz mientras la audiencia aplaudía con entusiasmo—. El segundo premio —continuó— es para las Sanguijuelas del Lago Tenebroso, que también saben apreciar la buena sangre...

La multitud aplaudió otra vez, y Jack aprovechó la ocasión para escabullirse sin que nadie lo notara. Era raro, pero los aplausos le hacían sentirse muy mal. Necesitaba ir a algún lugar donde pudiera animarse un poco. Se dirigió hacia el cementerio.

Estaba tan absorto que no se había dado cuenta de que la frágil y delicada figura de Sally la Muñeca de Trapo le estaba mirando. Sally también estaba triste, y tenía una buena razón. Había sido creada por un funcionario de la ciudad, el Científico

Malo. Por más que ella lo intentara, y lo había intentado muchas veces, parecía que no podía escaparse. Aunque él no podía levantarse de la silla de ruedas, la vigilaba celosamente.

Sally suspiró y se apoyó en una lápida. Había intentado escapar esa noche, pero una vez más el Científico Malo la había detenido. En el forcejeo a Sally se le había desprendido uno de sus brazos cosidos antes de escaparse y correr hasta aquí, hasta el cementerio.

Un brazo no era un precio muy alto, pensó Sally, sobre todo teniendo en cuenta que ella era una experta costurera y siempre podía cosérselo otra vez. Lo único que tenía que hacer era librarse del Científico Malo, pero ¿cómo?

Sus tristes pensamientos se interrumpieron cuando vio a Jack Esqueletón paseando muy despacio, sus huesudos hombros encorvados y su cráneo colgando pesadamente. Sally no podía creer lo que estaba viendo. Jack parecía casi... triste. Pero ¿por qué estaría triste? ¡Era el orgullo de la Ciudad de Halloween!

Pronto lo averiguó. Los huesudos pies de Jack lo condujeron tan cerca de donde estaba sentada que pudo oír todo lo que decía. Y para asombro de Sally, oyó palabras de aflicción y hastío, aburrimiento y frustración.

—Año tras año, la misma rutina —le dijo a su perrito fantasma, *Zero*, que correteaba a su lado con su reluciente nariz de fuego fatuo—. Terrores. Sustos. Chillidos y gemidos. Yo asusto al más valiente de los valientes. Pero estoy tan cansado de oír gritos, *Zero*. Me dejan frío. No puedo dejar de preguntarme por qué me fastidia todo esto. —Jack suspiró profundamente—. Estoy harto de asustar a todo el mundo. Quiero hacer algo... diferente. Pero no sé qué —le dijo al perrito—. ¿Por qué no sé qué hacer, *Zero*? ¿Por qué?

El corazón de trapo de Sally se enterneció. Jack estaba sufriendo, igual que ella. Se levantó deseando acercarse a él.

—Sé cómo te sientes —susurró en voz baja, casi esperando que él la hubiera oído. Pero era demasiado tarde. Sumergido en su dolor, Jack se había marchado.

Una lágrima surcó la cara de Sally. Lo mejor que pudo con una sola mano, empezó a recoger un ramo de flores para el Científico Malo: un ramillete de belladonas, con las que podría hacer una poderosa pócima para dormir. Quizá entonces podría escapar.

Capítulo dos

Al día siguiente el tiempo era perfecto para la Ciudad de Halloween. El cielo era tenebroso y lóbrego, y un escalofriante viento soplaba turbulentamente por la ciudad. Por supuesto, muchos de los habitantes de la Ciudad de Halloween no se dieron cuenta del tiempo que hacía. Estaban durmiendo: vivían por la noche.

Pero el Alcalde estaba despierto. Tenía que ocuparse de muchas cosas importantes. A la hora en que todas las buenas brujas y los hombres lobo estaban teniendo sueños horrorosos, él estaba recorriendo la ciudad en su coche fúnebre, con una única idea fija: el para el Halloween del próximo año. Y para eso necesitaba a Jack.

El Alcalde se apeó de su coche fúnebre ante la torre de Jack, cargado con anteproyectos, listas y planes. Tocó el timbre una vez, después media docena de veces, pero no hubo respuesta.

—¡Jack! —gritó—, ¡traigo los planes para el Halloween del próximo año! ¡Necesito repasarlos contigo, Jack, y así podremos empezar!

Silencio.

—¡Jack, por favor! —gritó, cada vez en un tono más desesperado—. Yo sólo soy un alcalde electo, no puedo tomar decisiones por mi cuenta. ¡Te necesito, Jack!

Más silencio.

El Alcalde empezaba a estar enfadado. Como la mayoría de los políticos, tenía dos caras. Según su humor, su expresión podía cambiar rápidamente de una sonrisa a fruncir el ceño. Esta vez con el ceño fruncido, chilló con la voz más autoritaria que supo poner:

—¡Jack, respóndeme!

Pero tampoco funcionó. A medida que el Alcalde caía en la cuenta de que Jack no estaba en casa, en su ocupada mente se acumularon un montón de preocupaciones. ¿Dónde estaba Jack? ¿Había desaparecido? Y si así era, ¿qué pasaría el próximo año en el día de Halloween?

Lo sorprendente de verdad era que Jack tampoco sabía dónde estaba. Su melancólico paseo sin rumbo fijo le había llevado muy lejos de la Ciudad de Halloween, muy lejos de cualquier lugar que le resultara familiar, en un profundo y tenebroso bosque. Pero estaba tan abrumado por la tristeza que no se había fijado en lo que le rodeaba.. Sólo se detuvo cuando Zero ladró impacientemente. Entonces miró confuso a su alrededor, como si despertara de un sueño.

—¡Zero! ¿Dónde estamos? —preguntó. El perrito gimoteó. Él también estaba perdido. Una suave brisa pasó susurrando entre los árboles.

Jack vio que estaba en un claro del bosque sólo iluminado por la tenue luz de las

estrellas. Los enormes árboles que le rodeaban no se parecían a nada que él conociera. Había puertas talladas en sus troncos. Y misteriosos símbolos grabados en las puertas. Jack no había visto nunca nada tan extraño.

—¿Qué es esto? —murmuró dirigiéndose a *Zero* y examinando uno a uno todos los árboles.

Una de las puertas tenía grabada la forma de un huevo decorado con cintas y flores. En otra, había tallado un enorme corazón. En la tercera puerta, había grabado un trébol de cuatro hojas. Pero la puerta que verdaderamente fascinó a Jack tenía grabado un árbol en el tronco: un árbol engalanado con adornos y rematado por una estrella. Jack se acercó al árbol.

La puerta crujío en sus goznes, como invitándole a abrirla. ¿Quién podría resistir la tentación?

Jack empujó la puerta. Durante unos momentos sólo hubo silencio. Luego un ráfaga de viento fresco, como una gigantesca mano glacial, cubrió a Jack y lo arrastró al interior. Jack chilló aterrorizado, pero sólo *Zero* lo oyó. De repente la puerta se cerró ruidosamente, ahora ni si quiera *Zero* podría ayudarle.

Capítulo tres

Los huesos de Jack se estremecieron. Se encontró yaciendo sobre algo frío, pero extrañamente suave y reconfortante. Abrió los ojos. Lo primero que vio fue el cielo nocturno con estrellas titilantes. Luego vio algo... ¡algo blanco! Estaba por todas partes, cubriendo la tierra, los árboles y las casas con su suave luz.

Jack cogió un puñado de esa sustancia. Era un polvo frío al tacto, con el que podía formar fácilmente una bola. ¿Qué era?, se preguntó, tirando la bola al aire y observando cómo aterrizaba junto a él con un agradable ruidito sordo. Fuera lo que fuera esa sustancia, ¡le gustaba! Jack se levantó de un brinco, sintiéndose de repente tan ligero como una nube. No podía esperar más para explorar.

Este pueblo, se dio cuenta en seguida, no se parecía en nada a la Ciudad de Halloween. La gente iba cantando por la calle. Los niños se tiraban pelotitas de la sustancia blanca y se reían. Los árboles estaban cubiertos de brillantes adornos y rematados con estrellas. Y en el interior de las acogedoras casitas, la gente se sentaba junta hablando, leyendo, cantando ¡incluso abrazándose y besándose! Jack siguió paseando, encantado de todo lo que veía a su alrededor.

Muy pronto reparó en otra cosa. No había oído aún ni un solo grito, sólo risas y música melodiosa. Los olores que llegaban hasta él a través del vivificante aire de la noche eran deliciosos: pasteles y tartas, en lugar de efluvios de ciénaga, humo y aliento de bruja. Y aquí los niños, Jack lo vio al mirar al interior de todas las casitas, dormían plácidamente, sin que les molestaran las pesadillas. Estaban contentos. ¡Todo el mundo era feliz!

Jack no pudo evitar sonreír. ¡Él también estaba feliz! ¡Era asombroso! ¿Qué es esto?, se preguntó. Y entonces vio el cartel:

CIUDAD DE LA NAVIDAD

—¿La ciudad de la Navidad? —murmuró Jack—. Hummm...

En cambio, en la Ciudad de Halloween nadie reía. Muy al contrario. Había ceños fruncidos, había gemidos y quejidos, porque Jack todavía estaba perdido. Este hecho les inquietaba mucho a todos.

—Tenemos que encontrar a Jack —dijo el Alcalde a la multitud que se había congregado en la plaza de la ciudad—. ¡Sólo quedan trescientos sesenta y cinco días para la próxima noche de Halloween!

—Trescientos sesenta y cuatro —vociferó un hombre lobo más preocupado que nadie.

—¿Queda algún lugar que hayáis olvidado rastrear? —preguntó el Alcalde—.

Pensadlo bien y decídmelo.

—Yo he buscado en las criptas —dijo un vampiro.

—Nosotras hemos abierto las tumbas —gritaron las brujas.

—Yo he registrado el cementerio —añadió el hombre lobo—. Pero él no estaba allí.

La preocupación iba en aumento. Los ánimos decaían. ¿Dónde estaba?

—Ha llegado el momento de tocar la alarma —dijo el Alcalde.

La alarma de la ciudad consistía en los lamentos de un gato maullando. El distante sonido llegó a oídos de Sally cuando estaba mezclando un brebaje muy especial. Ella lo llamaba Pócima de la Sopa para Dormir, aunque cuando se lo sirvió al Científico Malo lo llamó simplemente comida. Lo había hecho con muchas belladonas y, si el doctor se lo bebía, dormiría durante una semana.

«Estaría bien que funcionara —pensó Sally mientras colocaba un humeante cuenco de la sustancia frente al doctor—. Entonces podría marcharme. Para siempre».

—Tome un poco —le instó.

El doctor lo olfateó con apetito, pero luego sumergió la cuchara en el líquido.

—Aliento de sapo —gruñó el doctor.

—¿Qué pasa? —dijo inocentemente Sally—. Creía que le gustaba el aliento de sapo.

Pero en su interior estaba amedrentada. Había usado aliento de sapo para disimular el olor de las belladonas. ¿Habría puesto demasiado?

—No hay nada más sospechoso que el aliento de sapo —dijo el doctor. Introdujo la cuchara en la sopa y se la tendió a Sally—. Hasta que tú no lo pruebas —le dijo— no me tragará ni una cucharada.

Sally soltó la cuchara con una tonta risita nerviosa.

—No tengo hambre —dijo.

El doctor la observó atentamente con la más malévola de sus miradas.

—Tú quieras que me muera de hambre, ¿no? Estoy débil. Soy viejo ¡Y tú me debes la vida a mí!

—Oh, no sea tonto —dijo Sally. Se inclinó como si cogiera la cuchara, puso la mano en su media y sacó una cuchara con un agujero. La hundió en la sopa e hizo como si sorbiera ruidosamente una cuchara de caldo.

¡Funcionó! Gracias a la cuchara agujereada, la sopa cayó otra vez en el interior del cuenco, pero el doctor no lo vio. Sally suspiró aliviada cuando él le arrebató el cuenco y empezó a comer con mucho apetito.

—¿Lo ve? —le dijo ella mientras él engullía ávidamente—. Está de rechupete.

En su cara de trapo se dibujó una sonrisa de esperanza. «Pronto —pensó—. Muy pronto seré libre».

Capítulo cuatro

Mientras, en la plaza de la ciudad, había tan poca esperanza como murciélagos con plumas. Sin embargo, la desesperación abundaba por doquier. El Alcalde, que yacía repachigado sobre su coche fúnebre, tenía más que suficiente desesperación para todos. Cuando anocheció levantó los ojos desesperado hacia el cielo que se iba oscureciendo. ¿Dónde estaba Jack?

Nadie lo sabía.

Entonces, justo cuando una raja de luna estaba apareciendo en el cielo, se oyó un ladrido lejano. Seguido por un extraño rumor, que iba aumentando gradualmente de intensidad.

—¿Zero...? ¿Jack...? —el Alcalde apenas se atrevía a pronunciar las palabras en voz alta. Se incorporó. La multitud se agitó.

El rumor se convirtió en un apagado estruendo. Jack irrumpió en la plaza conduciendo una airosa motonieve de color rojo de la Ciudad de la Navidad. Zero le seguía con la nariz brillante y ladrandó entusiasmado.

Confusos gritos de entusiasmo llenaron la plaza. El Alcalde, vacilando entre sentirse aliviado o enfadado, optó, obviamente, por el enfado.

—¿Dónde has estado? —estalló—. ¡Hemos estado terriblemente preocupados!

—Convoca un reunión de la ciudad y os lo contaré todo —respondió Jack con una sonrisa.

Jack todavía sonreía cuando unas horas después la ciudad se llenó por completo. Tenía estupendas novedades que contarles, y todo el mundo parecía un poco confuso, aunque impaciente por escucharlo. Sally, inmediatamente después de dejar dormido al Científico Malo, se apretujó con el resto de la multitud. Cuando Jack subió al podio, un murmullo de interés y entusiasmo se extendió por la sala. Pero cuando Jack intentó describir la Ciudad de la Navidad, el interés se convirtió en perplejidad. ¿La Ciudad de la Navidad? ¿Qué era eso?

—Es un lugar distinto de cualquiera que yo haya visto nunca —dijo Jack—. Yo... no puedo describirlo, pero no es un sueño: ¡es tan real como mi cráneo!

La multitud estaba desconcertada. Por suerte Jack había venido preparado. SE volvió hacia la mesa que estaba a su lado, donde había un montón de regalos de Navidad.

—Esperad que os enseñe esto —dijo, sosteniendo una vistosa caja envuelta con papel—. Esto es un regalo. Todo empieza con una caja.

—¿Una paja? —preguntó un demonio—. ¡Qué encantador, una paja!

—¡No! —gritó Jack, cuya sonrisa empezaba a desvanecerse—. ¡Una caja, con papel de muchos colores y un lazo!

—¿Un lazo? —dijo una bruja. ¿Por qué un lazo?

—¡Que repugnante! —dijo otra bruja. Pero bueno, ¿y qué hay dentro?

—Lo importante de la cuestión es que no se sabe —dijo Jack.

¿No se sabe? ¿De qué está hablando Jack? La confusión se cernió sobre la multitud como una fina lluvia de mayo. Jack decidió intentar otro método. Sostuvo en alto un enorme calcetín rojo de Navidad.

—En la Ciudad de la Navidad —dijo— cuelgan en la pared un calcetín descomunal como éste.

—¿Hay un pie dentro? —le interrumpió alguien. ¡Déjame mirar!

—¡Yo también quiero verlo! —dijo otro. ¿Está podrido y cubierto de gusanos?

Ahora no había ni sombra de sonrisa en la cara de Jack, y empezaba a dar muestras de frustración.

—No hay ningún pie dentro —le dijo a la multitud con tanta paciencia como pudo—. Hay golosinas, o a veces está lleno de juguetitos.

—¿Juguetes?

—¿Y muerden?

—¿Explotan?

—¿Asustan a las niñas y a los niños?

Jack se dio cuenta de que así no iba a llegar a ninguna parte. Esta gente nunca entendería el mensaje de buena voluntad y alegría de la Navidad. Y decidió que quizás sería mejor darles lo que querían. Cosas espeluznantes y escalofriantes al más puro estilo de la Ciudad de Halloween. Se inclinó como si fuera a confiarles un terrible secreto.

—He dejado lo mejor para el final —dijo—. El soberano de la Ciudad de la Navidad es un espantoso rey con una potente y profunda voz. Y en las noches oscuras vuela por el aire: ¡y asesina en el cielo!

Al oír esto la multitud se quedó en silencio.

—Es enorme y rojo, como una langosta gigante —continuó Jack—. Lo llaman Zampa Claus.

Estas palabras causaron sensación en la audiencia. Mientras todos empezaban a hablar con gran excitación, Jack recogió lentamente todos sus regalos de la Ciudad de la Navidad. La reunión no había sido precisamente como él esperaba. Todo el mundo estaba entusiasmado, pero nadie había entendido por qué la Ciudad de la Navidad era tan especial. ¿Podría hacérselo entender alguna vez? Jack suspiró y se dirigió a su casa. Simplemente no lo sabía.

Capítulo cinco

Pero después de pasarse la noche en su torre, rodeado de toda la parafernalia de la Ciudad de la Navidad —bolas de nieve, golosinas, ramas de acebo— Jack estaba decidido a intentarlo de nuevo. Esta vez iba a hacerlo de otra forma. Metódicamente, científicamente. Hizo chasquear sus dedos de hueso.

—Eso es —gritó—. Realizaré varios experimentos y aislaré al espíritu de la Navidad... ¡científicamente! ¡Qué idea más genial, Jack!

Después de un rápido viaje a la casa del ahora recuperado Científico Malo para tomar prestados algunos objetos, Jack se puso manos a la obra. Primero montó un laboratorio en el piso más alto de su torre, con su equipo correspondiente: un microscopio, una centrifugadora, tubos de ensayo, cubetas, y vasos de precipitación. Después empezó a experimentar con varios objetos para encontrar el espíritu de la Navidad. Empezó con el muérdago. Sin éxito. Luego lo probó con un caramelo y un osito de peluche. Tampoco hubo suerte. Sus ojos se posaron sobre un montón de brillantes adornos de Navidad: bolas de cristal, ángeles y una reluciente estrella.

—Humm —murmuró—, vale la pena probarlo.

Aplastó la estrella y echó el polvo en un vaso de precipitación. Al principio no pasó nada. Luego empezó a brillar y a latir, llenando la habitación de una agradable luz verde. ¿Qué era eso? ¿Qué significaba? Jack no tenía ni idea.

No muy lejos, alguien más estaba viendo esa titilante luz verde. Mientras Jack estaba en su torre completamente pasmado por el misterioso brillo, Sally Muñeca de Trapo lo veía desde su ventana, en lo alto de su habitación, donde el Científico Malo la había encerrado bajo llave.

Sally quería más que nunca escapar del doctor, pero por primera vez en su solitaria vida de muñeca de trapo, anhelaba escaparse para reunirse con alguien. Y ese alguien era Jack. Sally se había enamorado de él.

Había decidido enviarle un regalo —una poción especial que había preparado para ella misma—. Puso la poción en un cesto y lo hizo bajar con una cuerda a través de la ventana. ¡El suelo estaba aún tan lejos! Por unos instantes Sally perdió el coraje. Pero al pensar en Jack lo recuperó en seguida. La cesta aterrizó en el suelo, y Sally recuperó su resolución. Entonces saltó.

Cayó con un ruido lo suficientemente suave para que nadie, y sobre todo el Científico Malo, lo oyera. Aunque perdió un brazo y una pierna en la caída, a Sally le daba igual. Era hábil. Había venido preparada. Cogió su fiel aguja de zurcir y procedió a coserse sus miembros otra vez. No tardó mucho. Unos instantes después

estaba bajo la torre de Jack, atando la cesta a una cuerda que colgaba de una polea desde la ventana de Jack.

Cuando la cesta de Sally llegó arriba, Jack todavía estaba concentrado en otra ecuación. Había escrito: regalos + muérdago + bolas de nieve = diversión de Navidad. Parecía tan buena como cualquiera de las otras. ¿Por qué no podían algunas de estas ecuaciones tener un sentido? Jack se rascó el cráneo, le empezaba a doler.

La cesta en la ventana fue una agradable interrupción. Y Sally también, estaba ahí abajo, de pie, sonriéndole. Verla le alegró inmensamente, aunque no podía precisar por qué. Entonces se dio cuenta de que había una botella en la cesta. La abrió. Una tenue nubecilla se escapó de la botella y formó una figura en el aire, encima de la cabeza de Jack. Se convirtió en una mariposa fantasmal, hermosa e inolvidable.

«¿Qué encantadora!», pensó Jack.

Se asomó a la ventana para darle las gracias, pero ella ya había desaparecido.

Aunque era sumamente inteligente y suficientemente valiente para saltar al suelo desde una altura de cinco metros, Sally era también un poquito tímida. Cuando Jack le había sonreído desde arriba, ella se había sentido embargada por una timidez tan abrumadora que se alejó tan rápidamente de la torre como la escoba a propulsión de una bruja. Ahora estaba sentada en las puertas de la ciudad, preguntándose qué le depararía el futuro. Bueno, había una manera de averiguarlo.

Sally cogió una flor y empezó a arrancarle los pétalos uno a uno.

—Me quiere, no me quiere —susurró—. Me quiere, no...

De repente la flor que Sally tenía en la mano hizo algo muy raro. Empezó a girar rápidamente, ¡y se convirtió en un árbol de navidad en miniatura!

Sally lo miró fijamente, sin saber qué pensar. ¿Significaba eso que Jack no la amaba? ¿O era un mal presagio para sus planes de Navidad? No tenía ni idea. De pronto el arbolito ardió y desapareció, dejando a Sally fría, confusa y completamente en tinieblas.

Capítulo seis

Sally no era la única que estaba en tinieblas esa noche. En lo alto de su torre, Jack también estaba absolutamente aturdido. Había hecho cincuenta y seis ecuaciones más. había experimentado con todo, desde trenes de juguete hasta los adornos de Navidad. Había leído cuentos de navidad y se había aprendido de memoria algunos villancicos. Había sido metódico. Había... fracasado. A pesar de todos sus cálculos, Jack aún no había sido capaz de aislar el espíritu de la Navidad. Se sentía tan lejos de encontrar una solución como cuando había empezado.

Gimió, tapándose los ojos con la mano, desesperado. Cuando los abrió, se posaron en el vaso de precipitación, de un vivo color verde, que estaba encima de la mesa. La luz era ahora más suave, pero todavía muy bonita. Al mirarla, Jack se sintió mejor. Encontraría una respuesta y no importaba cuánto tiempo le llevara.

Y entonces, como si de repente se hubiera hecho la luz, tuvo una idea. «¡Lo he estado haciendo todo mal! —comprendió—. Nunca podré convertir la Ciudad de Halloween en la Ciudad de la Navidad. Es imposible. Somos demasiado distintos. Pero no importa. Podemos hacer algo aún mejor. Podemos hacerles regalos a los niños y las niñas de todo el mundo. ¡Podemos tener una Navidad a nuestro estilo!».

Jack sonrió. Había llegado el momento de convocar otra reunión de la ciudad.

El Alcalde estaba perplejo. Primero se convoca un reunión de la ciudad y unos minutos después se convoca otra reunión de la ciudad. ¡Todas esas reuniones le estaban mareando! ¿Qué estaba pasando?

Pero con toda esa confusión, el Alcalde sabía que un buen jefe tenía que mostrarse firme o, al menos, parecerlo. Por eso procuró poner su mejor sonrisa de turno, cuando se reunió con Jack en el interior del Ayuntamiento. Quizá esa disparatada idea de celebrar una Navidad en la Ciudad de Halloween funcionara. Lo importante era actuar como si todo fuera perfectamente normal, como si todo fuera parte de un plan maestro que él, el Alcalde, había ayudado a tramcar.

Pero, ay, era muy duro. El Alcalde intentó, lo mejor que pudo, que pareciera que sabía qué estaba ocurriendo mientras Jack repartía las tareas. Los hombres lobo tenían que hacer galletitas de navidad, el Científico Malo tenía que hacer esos extraños animales que vuelan con ramas en la cabeza, y los vampiros tenían que hacer muñequitas de trapo. Jack estaba consiguiendo que todos los habitantes de Halloween participaran, incluidos Lock, Shock, y Barrel, lo profesionales de la trampa o la recompensa de la Ciudad de Halloween.

Cuando aparecieron, sonriendo maliciosamente, con esas tontas máscaras, el Alcalde tuvo un escalofrío. No era porque el diablillo, la bruja y el demonio fueran tramposos. Ésa era un profesión respetable en la Ciudad de Halloween. No, era por

otra cosa.

Lock, Shock, y Barrel eran astutos y listos. Y siempre se guardaban una carta en la manga. El peor, la criatura a la que ellos llamaban su jefe, quien les había formado para ser pequeños alborotadores, era Oogie Boogie. Cuando pensó en Oogie, el Alcalde no pudo evitar lanzar un agudo chillido.

El mezquino, diabólico, Oogie era un gigantesco e hinchado saco, abarrotado de insectos repugnantes y de serpientes que se arrastraban entre los medio descosidos puntos de costura del saco. Su actividad preferida era salir por la noche en busca de presas, buscando cosas —o gente— para comer. Oogie estaba siempre hambriento. Era la criatura más temible de la Ciudad de Halloween.

—¡Jack, Jack! —gritó el Alcalde—. ¡Son los chicos de Oogie!

Jack simplemente sonrió. ¡Era asombroso! Parecía como si Jack se alegrara de verdad de ver a esos pequeños demonios.

—Ah, los mejores tramos de Halloween —dijo, inclinándose para darles unos golpecitos en la cabeza a cada uno—. El trabajo que os he asignado a vosotros es un secreto. Se necesita astucia e ingenio.

Los ojos de Shock brillaron bajo su máscara de bruja.

—Y nosotros que creíamos que no te gustábamos, Jack —dijo con una risotada.

Jack se arrodilló para poder susurrar:

—Nadie, absolutamente nadie, debe saber nada acerca de esto. ¡Ni un alma!

El Alcalde no se lo podía creer. Jack no sólo había invitado a Lock, Shock, y Barrel, sino que ahora además estaba tramando algún plan secreto con ellos. ¿Qué era lo que estaba pasando?

Jack apenas se dio cuenta de la curiosidad del Alcalde. Estaba demasiado ocupado explicándoles a Lock, Shock, y Barrel la parte más importante de su plan, la parte correspondiente a Zampa Claus. Cuando acabó los miró larga y fijamente.

—Ah, algo más —dijo—. Que Oogie Boogie se mantenga al margen de todo esto.

—Claro Jack —dijo Lock.

—Lo que tú digas, Jack —dijo Shock.

—Ni se nos ocurriría, Jack —dijo Barrel.

Y todos cruzaron los dedos por detrás de sus espaldas. ¡Estaban mintiendo! Pero ¿Cómo podía saberlo Jack?

Cuando los tres monstruitos salieron apresuradamente del Ayuntamiento, riéndose sofocadamente con alborozo, Jack sonrió a sus espaldas. Su sueño, pensó, se iba a realizar pronto. Qué lejos estaba de imaginarse que muy pronto el sueño se convertiría en una pesadilla.

A Lock, Shock, y Barrel les gustaban las pesadillas. Alegremente se fueron a su casa del árbol, que estaba encaramada a un viejo y nudoso árbol en lo alto de un

escarpado barranco. Una vez allí, el terrible trío se sentó y los tres se quitaron las máscaras. Se sonrieron unos a otros. Sus caras de verdad eran exactamente iguales que las de las máscaras, pero nadie en la Ciudad de Halloween lo sabía, excepto Oogie Boogie.

Empezaron a planear su crimen. ¿Cómo llevarlo a cabo?

Lock, que a menudo pensaba en voz alta para el resto del grupo, dijo que tenían que prepararle un trampa a Zampa Claus, y luego tirarlo en una gran langostera, que es donde debería estar. Luego a Lock se le ocurrió una idea mejor. ¿Qué tal si iban hasta su puerta con un cañón? Eso podía resultar divertido.

Shock, el cerebro de la operación, desdeñó esta idea. ¿Qué obtendríamos si convirtiéramos a Zampa Claus en un montón de trocitos y pedacitos? A Jack no le gustaría eso. Pero, por otra parte, ¿hasta qué punto era importante la opinión de Jack? Después de secuestrar a Zampa —de una pieza, claro— se lo llevarían primero a Jack, pero después irían a entregárselo a Oogie Boogie. Al fin y al cabo, trabajaban para Oogie. Debían procurar estar a buenas con él. ¿Y qué podía agradarle más que un enorme, jugoso, hombre langosta? El trío rió tontamente en señal de conformidad. ¡Buena idea! Subieron a su bañera con patas en forma de garra y partieron zumbando en busca de su presa.

Capítulo siete

Naturalmente, Jack no sabía nada de los planes de Lock, Shock y Barrel. Estaba demasiado ocupado trabajando en sus propios planes, que iba perfeccionando más cada minuto que pasaba. Estaba repartiendo tareas a toda la gente de la Ciudad de Halloween, desde el más pequeño de los diablillos hasta el mayor de los colosos. Si hacían lo que él quería, todo el mundo participaría en la Navidad, incluso la banda de música de Halloween, que tocaba cada día lúgubres melodías en las calles. Probablemente, si lo intentaban, podían aprender a tocar *Jingle Bells*.

Cuando Jack se lo preguntó, le aseguraron que podían. Al igual que la mayoría de la gente de Halloween, les resultaba muy difícil negarle algo a Jack. A todos les gustaba mucho Jack y le seguirían a donde él les llevara, aunque fuera a un terreno desconocido para ellos.

A Sally, por supuesto, no sólo le gustaba Jack, estaba enamorada de él. Por eso cuando él se acercó a ella durante la reunión y dijo: «Sally necesito tu ayuda más que la de los demás», ¿cómo podría haberse negado?

Él quería que ella le cosiera un traje de Zampa Claus, y ella iba a hacerlo. Pero Sally no ponía el corazón en lo que estaba haciendo. De hecho, le daban miedo los planes de Jack. Se quedó pensando en el extraño presagio que había tenido, el del árbol de Navidad ardiendo. Se había asustado. Pero cuando intentó contárselo a Jack, no pudo decir mucho.

—Jack —dijo—. Por favor, escúchame. Va a ser un desastre.

—¿Por qué? —replicó él, enseñándole un dibujo de un traje de Zampa Claus—. ¡Sólo tienes que seguir el patrón!

Sally lo intentó otra vez.

—Es un error, Jack —dijo, y en su mente vio otra vez el terrible árbol en llamas.

Pero era inútil. En lo único que Jack quería pensar era en su traje.

—No seas tan modesta —le dijo jack—. Nadie puede coser esto mejor que tú.

Al final Sally cedió. Si no podía salvar a Jack, pensó Sally, cosería para él. Se encaminó hacia la plaza de la ciudad, donde los preparativos para la Navidad estaban en pleno apogeo.

En el mismo instante en que Sally salía del Ayuntamiento, Lock, Shock y Barrel entraban a toda carrera. arrastraban un gran saco con algo que se retorcía en su interior.

—¡Jack! —gritaron—. ¡Lo hemos atrapado! ¡Lo tenemos!

El corazón de Jack empezó a latir con violencia.

—¡Abridlo! ¡Deprisa! —gritó.

Riéndose tontamente excitados, los tramosos abrieron el saco. Del interior saltó

un enorme conejo rosa. Y no parecía muy contento.

—¡Éste no es Zampa Claus! —dijo Jack.

—¿No es Zampa Claus? —preguntó Shock.

—Pues ¿quién es este? —dijo Barrel.

Jack no lo sabía. Nunca había visto un conejo, y menos aún un conejo gigante de Pascua como ése. Pero de una cosa sí que estaba seguro: ¡no era Zampa Claus!

Cuando dijo esto, Lock, Shock y Barrel protestaron.

—Hemos seguido tus instrucciones —gimoteó Lock.

—Hemos pasado por la puerta —dijo Barrel.

—¿Qué puerta? —preguntó Jack—. Os he dicho que había más de una puerta. ¡Se supone que habéis ido por la puerta en la que había un árbol tallado!

Les enseñó un dibujo de un árbol de Navidad.

—¡Devolvedlo al sitio de donde lo habéis sacado! —ordenó.

Los tramosos estaban decepcionados. Entonces hicieron lo que todos los asquerosos diablillos hacen cuando están decepcionados. Empezaron a echarse la culpa unos a otros. Y pronto estalló una descomunal pelea. Shock agarró a Lock por el cuello. Barrel golpeó a Shock en la cabeza.

A Jack, que normalmente era un tipo paciente, se le agotó la paciencia con el trío. Entonces hizo algo que habitualmente reservaba para las horas más oscuras de la noche de Halloween. Hizo castañetear sus huesos. Era un sonido espantoso, y funcionó. El trío dejó de pelearse.

En medio del silencio, Jack se volvió hacia el Conejo de Pascua, cuya nariz rosa se movía nerviosamente de terror.

—Siento mucho las molestias que le hemos causado, señor —dijo—. Si tiene la bondad de meterse en el saco, mis amigos le acompañarán a su casa.

El conejito de Pascua no necesitaba oír ni una palabra más. Saltó otra vez dentro del saco. Lock, Shock y Barrel se lo llevaban, Jack les gritó:

—¡Llevadlo primero a casa y disculpaos otra vez! ¡Y tened cuidado cuando atrapéis a Zampa Claus! ¡Tratadlo bien!

Jack observó cómo partían los tres tramosos y suspiró profundamente. No era fácil ser el cerebro principal de una operación.

Pero tenía sus compensaciones, como descubrió al día siguiente. Cuando vio a los habitantes de Halloween preparando la Navidad en la plaza de la ciudad, el corazón de Jack se llenó de alegría. Allí estaba todo el mundo, desde el Científico Malo, muy atareado trabajando en el esqueleto del reno, hasta Sally, que estaba dando puntadas a un magnífico traje rojo de Zampa Claus, era como un maravilloso sueño que se había hecho realidad. Brincó por la plaza de la ciudad, tan contento que sus pies de hueso apenas tocaban el suelo.

¡Había tanto que admirar! En una mesa, un grupo de vampiros ensartaban

pequeñas luces en forma de calavera; en otra, unas cuantas brujas hacían muñequitos de vudú; y en una tercera mesa, los hombres lobo más trabajadores de la Ciudad de Halloween se afanaban haciendo un magnífico diablillo que salía de una caja. Jack canturreaba alegramente. ¡Iba a ser la Navidad más extraordinaria que nunca habían visto!

Santa Claus también pensaba lo mismo. Muy lejos, en la Ciudad de la Navidad, mientras sus elfos ensamblaban bonitas muñecas y cocinaban apetitosos pasteles, galletas y tartas, Santa estaba sentado en su casita cubierta de nieve, haciendo una lista y comprobando por segunda vez que todo estaba bien.

Lo que leyó le hizo sacudir la cabeza con asombro.

—Bueno... bueno... malo... bueno... bueno... bueno. ¡Qué asombroso! —murmuró—. Casi no hay ningún niño malo este año.

En su coloradota cara brilló una alegre sonrisa. «Ésta será una Navidad sonada», pensó muy contento.

En ese momento sonó la campanilla de la puerta.

—¿Quién será a estas horas? —musitó Santa. De mala gana dejó la lista, se levantó con esfuerzo del sillón y anduvo hasta la puerta.

Cuando la abrió, vio tres extraños niñitos que le estaban sonriendo. ¿Por qué llevaban disfraces de bruja, diablo y demonio? ¿Por qué cargaban un descomunal saco? ¿Y qué habían querido decir, se preguntó Santa, antes de que todo se volviera repentinamente de color negro, con «trampa» o «recompensa»?

Capítulo ocho

—No pareces en absoluto el mismo, Jack —dijo Sally Muñeca de Trapo. Ella y Jack estaban en la plaza de la ciudad, ella le estaba ayudando a ponerse su nuevo abrigo rojo. A Sally no le gustaban mucho esas extrañas vacaciones de Navidad, y tampoco le gustaba el abrigo rojo, aun teniendo en cuenta que lo había cosido ella misma. Jack estaba mucho mejor, pensó, con el elegante traje negro que acostumbraba a llevar.

Pero Jack estaba en éxtasis.

—¿No es maravilloso? ¡No podría ser más maravilloso! —exclamó mientras se abrochaba el abrigo.

—Pero tú no eres el Rey Calabazas —dijo Sally, deseando que Jack recuperara el juicio.

Él ni siquiera la había oído. Por lo que a él se refería, estaba a miles de kilómetros de Halloween. Esa noche era Nochebuena, y ¡él ya estaba preparado!

Su maravilloso trineo en forma de ataúd estaba cargado de regalos fabricados por los habitantes de Halloween. Llevaba un suntuoso traje de Zampa Claus, y muy pronto —¡sólo dentro de unos minutos!— empezaría a cuajar la aventura de sus sueños.

Jack se miró en un espejo. Se dio cuenta de que se había olvidado de algo. Pero ¿de qué? Tenía el abrigo, las botas, incluso la gran barba blanca.

En ese preciso momento oyó que lo llamaban Lock, Shock y Barrel.

—¡Jack, Jack! ¡Lo traemos! —chillaron, entrando a toda prisa en la plaza. Arrastraban un enorme saco.

—¡Esta vez lo hemos conseguido! —se jactó Barrel—. ¡Sí que es enorme!

—¡Y pesado! —añadió Shock, jadeando.

—¡Dejadme salir! —retumbó una voz desde el interior del saco. De repente el saco se agitó, rodó por el suelo y se abrió. Del interior salió un hombre muy gordo con el cabello y la barba blancos. Sus ropas rojas estaban arrugadas, llevaba la gorra roja ladeada, y su coloradota cara estaba empapada de sudor.

Jack estaba emocionado.

—¡Zampa Claus! —gritó—. ¡En persona! Encantado de conocerle.

Santa Claus no era un hombre joven, pero su vida había sido muy apacible. Había pasado la mayor parte de su vida con los alegres y trabajadores elfos y el resto con los niños dormidos, que son más angélicos que cuando están despiertos. Hacer maravillosos regalos de Navidad y después dárselos a los niños y las niñas buenos no le había preparado para... esto.

Miró a su alrededor horrorizado. Demonios y monstruos, cada uno más asqueroso

que el anterior, arrimándose a él, moviendo nerviosamente sus caras con curiosidad. ¿Quiénes eran? Y ése alto, ese tío de huesos, que parecía obvio que era el jefe, sonriéndole tontamente todo el tiempo. ¿Por qué? En la cabeza de santa se arremolinaban docenas de preguntas que no llegó a pronunciar.

—Sorprendido —¿no? —dijo el tío de los huesos—. ¡Seguro que lo está! No necesita preocuparse por nada esta Navidad. Nosotros lo hemos arreglado todo. Puede tomarse la noche libre.

El corazón de Santa casi dejó de latir. ¿De qué estaba hablando ese esqueleto? ¡Nochebuena era el punto culminante de todo el año! ¡Tenía que conducir el reno! ¡Tenía que entregar regalos! ¡Y ahora empezaba a ser demasiado tarde!

—¡Pero yo...! —gritó sofocadamente, casi mudo de consternación.

—Tómátelo como si fueran unas vacaciones, Zampa —dijo el tío huesudo—. Una oportunidad para relajarte y tomártelo con calma.

Entonces se dio cuenta de lo que le faltaba a su traje de Zampa Claus. Cogió el gorro rojo de la cabeza de Santa Claus.

—Sólo lo cogeré prestado mientras tú descansas —dijo.

La preocupación, la cólera y el miedo no ayudaron mucho a que Santa recuperara el habla. Antes de que pudiera ingeníarselas para replicar, los tres terribles niñitos que lo habían secuestrado se lo estaban llevando a rastras. ¿Nadie iba a ayudarlo? ¡Era un pesadilla!

—¡No... por favor... esperad! —suplicó.

Pero los tramposos con sus risillas tontas ahogaron sus súplicas.

«¡Es una pesadilla!», pensó Sally Muñeca de Trapo cuando el pobre Santa era arrastrado fuera. Todos sus temores acerca de la Navidad se estaban cumpliendo. Era un desastre. Tenía que hacer algo. Se rascó su cerebro de trapo.

—Ya sé —susurró, y se escabulló de allí.

Jack, encantado con el gorro rojo de santa, no vio cómo ella se marchaba. El gorro, pensó, era justo lo que le faltaba para completar su deslumbrante traje de Navidad. Se lo ajustó para que estuviera ladeado en su cráneo, y estar así preparado para saltar a su trineo. Cuando el Alcalde terminara su discurso de despedida, Jack podría marcharse.

Jack miró al Alcalde y abrió muchos los ojos. Él y toda la gente miraban a su alrededor sin poder dar crédito a sus ojos. Una niebla espesa y blanca había surgido de la nada y estaba girando como un torbellino en medio de la plaza de la ciudad. era pesada. Era siniestra. Era tan escalofriante e intensa como la niebla de la noche de Halloween. Y al igual que esa niebla, había envuelto a todo el mundo.

—¡Oh, no! —se quejó Jack—. Nunca podremos marcharnos. El reno no podrá ver más allá de sus narices.

A través de la niebla llegaron gemidos y quejidos, un estrepitoso y enorme coro

de desilusión. ¡La Navidad estaba arruinada! ¿Cómo podía haber sucedido?

Escondida en un lugar seguro tras las nubes de bruma blanca, una cara sonreía aliviada: la cara de Sally Muñeca de Trapo. Había sido ella, claro, quien había realizado una pócima especial y la había vertido en la fuente de la ciudad. Ella había creado la niebla. Muy en lo hondo de su relleno de trapo, Sally sentía que la Navidad no podía continuar, y ella tenía que detenerlo todo. Ahora parecía que lo había conseguido.

Atisbó a Jack a través de la espesa niebla. ¿Había renunciado?

¡No! Estaba hablando con *Zero*, su perrito fantasma, que permanecía inmóvil en el aire con su nariz de fuego fatuo brillando.

—*Zero*, con esa nariz tan brillante —preguntó Jack—, ¿no podrías guiar mi trineo esta noche?

La respuesta de *Zero* fue un ladrido de entusiasmo y una pirueta en el aire.

—Supongo que eso significa que sí —dijo Jack con una sonrisa bonachona. Se volvió hacia la multitud—. Amigos míos —anunció contento—, ¡la Navidad está salvada! *Zero* va a guiar mi trineo a través de la niebla.

Mientras la multitud aplaudía y gritaba entusiasmada, *Zero* se puso delante del reno, con su nariz brillando como un faro. Jack saltó encima del trineo e hizo restallar su látigo.

—Nos vamos —gritó—. ¡Ja, ja, ja!

El trineo se elevó en el aire con furiosos aplausos. Sólo se distinguió una nota de preocupación entre la multitud, y era tan dulce y tan triste que nadie la oyó.

—Adiós, Jack —susurró Sally—. ¡Oh, cómo espero que mi premonición no se cumpla!

Capítulo nueve

Mientras Sally se alejaba sin rumbo fijo de la plaza de la ciudad, con el corazón en un puño por el terror, y mientras Jack surcaba el cielo riendo alegremente, Lock, Shock y Barrel estaban teniendo una breve pero muy interesante discusión acerca de su prisionero, Santa Claus.

—Bueno, ¿dónde lo llevamos? —preguntó Barrel.

—A Oogie Boogie, por supuesto —dijeron Lock y Shock.

—Por supuesto —dijo Barrel con una risilla nerviosa—. A Oogie le gustará.

Santa no sabía quién era Oogie Boogie. Pero sabía que la Navidad estaba en grave peligro. ¿Por qué estos tres terribles niñitos no le dejaban marcharse?

—¿No habéis oído hablar de paz en la tierra y buena voluntad para los hombres? —les preguntó desde el interior del saco, forcejeando para liberarse.

—¡No! —gritó con júbilo el trío. Cerraron más fuerte la bolsa. ¡Era tan divertido!

Jack también se divertía. Estaba difundiendo la alegría de la Navidad por todo el mundo. O eso creía. En su primera parada, el niñito de la casa donde él había aterrizado de forma un tanto accidentada le había mirado fijamente en silencio cuando él se deslizó por la chimenea. Pero cuando Jack le entregó un regalo —una de sus propias y muy especiales cabezas reducidas— los gritos de alegría del pequeño fueron muy intensos. Muy intensos, desde luego.

Jack no tenía ni idea de que le había causado al inocente niño la impresión más horripilante de su joven vida. ¿Y esos ruidos que oyó mientras se alejaba el trineo? No eran ni mucho menos gritos de alegría. Eran chillidos de terror.

Mientras Jack seguía con su ronda, entregando docenas de escalofriantes, tenebrosos y lóbregos regalos de Navidad, oía muchos chillidos. Había chillidos por la corona mortuoria con largos brazos. Chillidos por el muñeco enterrador con todos sus accesorios. Chillidos por la silla eléctrica en miniatura. Había horripilantes gritos por las canicas hechas con globo de ojo y las granjas de babosas.

Jack estaba feliz de oírlos. Pero, naturalmente, no lo entendía bien. Cuando la gente gritaba: «¡Estos regalos son horribles!», él pensaba que estaba oyendo exclamaciones de alegría.

Sucesivamente allí donde iba, entregando alegremente sus espantosos regalos, sin saberlo estaba causando estragos. Una vez tras otra confundía los gritos de cólera y repugnancia por gritos de gratitud, y respondía con un alegre: «¡Feliz Navidad!». Nunca oía los portazos, el chirrido de las cerraduras, o las frenéticas llamadas por teléfono a la policía. Por lo que a Jack se refería, todo el mundo estaba pasándose lo

bien.

Él no lo sabía, pero allí abajo Jack era considerado un criminal. Y como todo criminal, debía ser perseguido: con gente armada hasta los dientes.

Pero cuando Jack vio por primera vez las brillantes luces de reconocimiento y oyó las explosiones de los tiroteos, se puso realmente contento.

—Mira, *Zero* —gritó—. ¡Lo están celebrando! ¡Nos están dando las gracias por hacer un buen trabajo!

Entonces un tiro alcanzó de cerca a uno de los renos. Y Jack empezó a caer en la cuenta de que algo iba muy, pero que muy mal...

Capítulo diez

Mucho antes de que Jack empezara a preocuparse, Sally Muñeca de Trapo ya sabía que algo iba mal. Había visto las explosiones en el cielo, y el corro de brujas comentaba las graves noticias de los problemas de Jack en su viaje.

Algo le dijo a Sally que si alguien podía ayudarla era Santa. Pero ¿dónde estaba? A lo mejor estaba con Lock, Shock y Barrel. A lo peor... estaba con Oogie Boogie. Sally se estremeció de la cabeza a los pies. ¡Qué idea tan espantosa!

Pero algo le dijo que así era, Sally sabía cómo eran Lock, Shock y Barrel. Y sabía que sólo había un lugar donde esos asquerosos tramosos podían tener a su prisionero: en la cámara de tortura subterránea que el malvado Oogie Boogie llamaba su hogar.

Así que Sally se dirigió hacia la guarida de Oogie. Y allí vio algo terrible. La mazmorra de Oogie era tenebrosa y malsana, llena de telarañas, plagada de huesos esparcidos por todas partes. Era un lugar miserable, desahuciado, y justo en el centro yacía Santa, atado de pies y manos. Sobre una mesa con una ruleta gigante habían colocado una extraña serie de parafernalia de casino: desde dados llenos de gusanos hasta máquinas tragaperras diseñadas para disparar balas de verdad. frente a Santa, sonriendo con malicia, estaba Oogie Boogie. Su enorme cuerpo de saco estaba lleno de insectos que zumbaban, y se arrastraban entrando y saliendo por su boca entreabierta.

Oogie estaba haciendo todo lo que podía para que Santa se sintiera desgraciado, y lo estaba haciendo muy bien. Pero al fin y al cabo, ser escalofriante, espeluznante y repugnante era el trabajo de Oogie. No en vano, él era el hombre bugui—bugui. Mientras Sally lo miraba horrorizada, Oogie bailaba alrededor de Santa, amenazándole.

—Eres repugnante, viejo, pero debes estar sabroso —dijo, haciendo rodar sus dados—. Y estoy empezando a tener hambre. ¿Quieres ser el principal ingrediente en un buen estofado de serpiente y araña? ¡Te voy a cocer vivo! ¿Qué te parece?

—¡No! —gritó Santa—. ¡Déjame marchar, por favor! Los niños están esperándome. ¡Tengo que darles sus regalos de Navidad!

—¡Ja, ja, ja! —replicó Oogie—. Eso es imposible. ¡Estás acabado! No tendrás una oración. Porque yo soy el fabuloso malvado hombre bugui, ¡y tú no vas a ir a ninguna parte!

Santa se debatía y tiraba con fuerza de las cuerdas que le ataban, pero no había manera. No podía liberarse. Oogie le amenazaba cada vez más cerca... más cerca... más cerca...

Mientras tanto, en lo alto del cielo, un proyectil estaba acercándose más y más a

Jack. Cuando le alcanzó, destruyó instantáneamente el trineo y envió a Jack a una vertiginosa, demasiado rápida caída hacia la tierra.

Jack aterrizó en los brazos de un ángel de piedra del cementerio. Los huesos de su mandíbula se habían descoyuntado con la caída, por eso yacía por el momento completamente en silencio. Era incapaz de hablar e incapaz de negar por más tiempo la terrible verdad: su versión de la Navidad era un completo y total fracaso. Ese pensamiento era mucho más doloroso que el impacto de la caída.

¡Qué tonto había sido! ¡Qué estúpida equivocación había cometido! Si la mandíbula de Jack se hubiera vuelto a unir, habría podido gemir de frustración. Pero no era así. Por eso simplemente yacía allí, y esperaba que *Zero* recuperar la parte perdida.

—Buen perro —murmuró cuando *Zero* se la trajo. Lentamente Jack se la puso otra vez. Y mientras lo hacía, ponía en orden sus ideas.

¡Haría que las cosas volvieran a ir bien! Pero para conseguirlo, tenía que encontrar a Zampa Claus, y rápido. ¿Lo conseguiría?

—Debo intentarlo, *Zero* —le dijo a su fiel perro—. Lo único que espero es que aún no sea demasiado tarde.

Completamente decidido, se precipitó hacia una lápida, la levantó y bajó a toda prisa un largo tramo de escaleras hacia la Ciudad de Halloween.

Capítulo once

Lock, Shock y Barrel estaban divirtiéndose. Como era habitual, se divertían porque alguien no se divertía.

Encaramados a la trampilla de la mazmorra de Boogie, miraban como éste torturaba no a un prisionero ¡sino a dos! A Sally Muñeca de Trapo, perdida la esperanza de rescatar a Santa, le había salido el tiro por la culata y ahora ella era también prisionera de Oogie.

Pero justo cuando los tres tramosos se asomaron para ver mejor, oyeron un espantoso ruido detrás de ellos. Un ruido como de crujido de huesos de un esqueleto. ¿Qué podía ser? ¡Eso era! Jack Esqueletón. Chillando aterrizados, los tres se volvieron y escaparon en la oscuridad de la noche.

Jack se colocó donde antes estaban ellos en la trampilla. Lejos, allí abajo, podía ver a Santa y a Sally atados con correas a una mesa de dados sobre una caldera humeante. A pesar de su difícil situación, la valiente muñeca de trapo mantenía aún una actitud desafiante.

—¡Esto no se ha acabado aún! —gritó—. ¡Todavía pueden pasar muchas cosas! Espera a que Jack se entere de esto. Cuando llegue el momento él acabará contigo, tendrás suerte si...

En ese momento la voz del Alcalde la interrumpió. Llegaba desde un altavoz de su coche fúnebre, fuera, en la calle, y las noticias que daba eran terribles.

Han hecho cisco al rey de Halloween —anunciaba el Alcalde—. Jack Esqueletón ahora no es más que un montón de polvo.

Sally lo oyó, y las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos. Oogie lo oyó y rugió triunfante. Si Jack había desaparecido, ¡él sería el rey de la Ciudad de Halloween!

—¡Un montón de polvo! —repitió con júbilo girándose hacia sus prisioneros. Sonrió ávidamente—. Y el polvo al polvo. —Bailando una danza de victoria cantó—: Oh, tengo hambre. ¡Una tirada más de los dados, voy a hacerlo!

Tiró sus dados gigantes. Éstos rodaron por el suelo de la mazmorra, y finalmente se pararon mostrando un dos.

—¡Qué! ¿Ojos de serpiente? —Oogie rugió, y golpeó el suelo con el puño hasta que los dados rebotaron, esta vez mostraron un once.

Oogie sonrió satisfecho.

—¡Parece que he ganado el premio gordo! Girando la manivela de la máquina de tortura, empezó a bajar a Sally y a Santa en una enorme y humeante caldera.

—¡Adiós, Carita de muñeca y Hombre de los suelos! —bramaba mientras ellos gritaban. Dándole una última vuelta a la manivela, dejó caer la mesa de los dados debajo del borde de la caldera.

El hombre bugui se desternillaba de risa mientras esperaba oír el chapoteo final de sus víctimas. Pero no se oyó nada. Nada de nada.

—¿Hey? —dijo. Dando marcha atrás a la manivela, lentamente levantó el tablón fuera de la caldera. Allí, en lugar de Zampa Claus y Sally Muñeca de Trapo, estaba Jack Esqueletón.

—Hola, Oogie —dijo Jack, saltando ágilmente de un brinco desde la mesa de los dados hasta la rueda de la ruleta.

—¿Jack? —gritó Oogie, retrocediendo asustado—. ¡Pero dijeron que estabas muerto! ¡Debes estar doblemente muerto!

Dando una fuerte patada a una palanca que estaba cerca de su pie, Oogie envió la rueda de la ruleta a rodar, haciéndole perder el equilibrio a Jack. Inmediatamente apareció un círculo de cartas gigantes, todas del rey de espadas, alrededor del borde de la rueda. Los reyes, cobrando vida, embistieron a Jack con espadas de verdad. Esquivándolas frenéticamente, Jack se las arregló para mantenerse fuera del alcance de los rápidos movimientos de sus armas. Estaba tan aturdido que no se dio cuenta de las enormes ocho bolas que bajaban del techo, con los lados llenos de aberturas en las que giraban hojas de espada.

Oogie rió como un maníaco mientras Jack se abría paso zigzagueando entre la rueda, intentando desesperadamente esquivar ambos peligros. Los bichos del cuerpo de saco de Oogie volaban de un lado a otro y eso hacía que sus lados oscilaran y se hincharan.

—¡Bueno, venga, Hombre de Huesos! —dijo, agitando una cadena por encima de su cabeza. Las espadas de las cartas se replegaron otra vez y las cartas se retiraron, pero inmediatamente se presentó rodando un ejército de máquinas tragaperras armadas.

—¡Fuego! —gritó Oogie, y las máquinas empezaron a disparar desde sus brazos cargados de balas. Rápido como un relámpago, Jack saltó encima de una de las máquinas. Echando pestes por su frustración, el hombre bugui llegó hasta otro botón y envió la rueda de la ruleta volando hacia Jack.

—¡Vigila! —chilló Sally. Justo a tiempo, Jack saltó a un lado, dejando las hojas de espada giratoria cercenando los brazos de las máquinas tragaperras asesinas. La muñeca de trapo suspiró con alivio. Jack saltó otra vez, aterrizando frente a Oogie. Ahora podrían tener una pelea limpia. Pero justo entonces el hombre bugui fue hacia otra palanca.

—¡Hasta luego! —gritó, catapultándose encima de una de las ocho bolas y fuera del alcance de Jack.

Jack miró hacia arriba.

—¿Cómo te has atrevido a tratar a mis amigos tan terriblemente mal? —dijo en voz baja. Alargó su brazo de huesos, tiró de una pequeña cuerda que colgaba bajo el

cuerpo de Oogie.

Sally y Santa, que miraban desde un rincón de la mazmorra, tardaron unos instantes en darse cuenta de lo que estaba pasando. Primero lentamente, pero después más y más deprisa, el hombre bugui empezó a deshacerse. Aunque Oogie se meneaba y retorcía, no había nada que él pudiera hacer. En cuestión de segundos sólo había un montón de bichos perdidos donde antes había estado él.

—Mira lo que has hecho —se oyó la lastimosa voz de Oogie desde el enjambre de insectos zumbadores—. ¡Mis bichos, mis bichos!

Reptando, arrastrándose y volando, todos los insectos salvo uno se dispersaron rápidamente. Entonces, ¡*plaf!*!, Santa Claus aplastó al último bicho con su bota negra.

Oogie Boogie se había ido para siempre jamás.

Sally sonrió alegremente aliviada. Santa se secó la húmeda frente. Y Jack se disculpó.

—Perdóname, Zampa Claus —dijo—. Lo siento, he convertido tus vacaciones en un terrible desastre.

—¿Has tenido un accidentado viaje en trineo, Jack? —dijo Santa—. ¡La Navidad es mucho más que un saco lleno de muñecas y un gorro rojo!

Arrancando su gorro de la cabeza de Jack, se volvió para partir.

—Espero que no sea demasiado tarde —le gritó Jack desde lejos.

—Claro que no —dijo el viejo elfo—. Soy Santa Claus. —Y diciendo esto, apretó con un dedo un lado de su nariz y ascendió rápidamente por el estrecho tubo que llevaba al exterior.

—Él lo arreglará todo, Jack. Sabe lo que tiene que hacer —dijo Sally, intentando que él se sintiera mejor.

Jack se volvió hacia la muñeca de trapo. De repente era como si la estuviera viendo por primera vez.

—¿Cómo has llegado aquí abajo? —preguntó.

—Estaba intentando... bueno, yo quería... —la muñequita se sonrojó y se quedó callada.

—¿Ayudarme? —preguntó Jack—. ¿Por qué, Sally? Yo nunca me di cuenta...

En ese preciso instante se oyó una retumbante voz.

¡Jack, Jack! —apareció el Alcalde, con lock, Shock y Barrel pisándole los talones.

—¡Aquí está! —dijo Shock.

—¡Vivo! —dijo Lock.

—Exactamente como habíamos dicho —se entrometió Barrel.

—Cógela, jovencito —gritó el Alcalde, bajando una escalerilla dentro de la antigua guarida de Oogie.

—¡Todo el mundo te está esperando! —el Alcalde y los tres tramposos

arrastraron a Jack fuera de la mazmorra hasta la plaza del pueblo.

Cuando Jack apareció, la cariñosa multitud le dio la bienvenida con gritos de entusiasmo.

Y después se oyó otro saludo: esta vez desde el cielo.

—¡Ho, ho, ho! —era una profunda y alegre voz que bajaba del cielo—. ¡Feliz Navidad a todos!

Los ciudadanos de la Ciudad de Halloween miraron hacia arriba. Allí estaba Santa Claus, surcando el cielo por delante de la luna en un trineo cargado de regalos. Jack le saludó con la mano. Y como respuesta cayó algo suave, blanco y frío. Era el regalo de Navidad de Santa para la Ciudad de Halloween: ¡nieve!

Un grito de buena voluntad y dicha llenó el aire. Por fin el espíritu de la Navidad había llegado a la Ciudad de Halloween.

Muy por encima de la plaza de la ciudad, Sally Muñeca de Trapo observaba la celebración con una melancólica sonrisa. Había luna llena. La nieve era muy hermosa. El mundo estaba feliz. Sólo el corazón de Sally estaba inundado de añoranza.

Suspiró. ¿Se acabaría algún día su soledad? ¿La amaría Jack alguna vez? Cogió una flor y arrancó los pétalos uno a uno.

—Me ama, no me ama —susurró.

Una alta y elegante figura cruzó el suelo nevado hasta detenerse junto a ella. Sally Muñeca de Trapo levantó la vista, sin apenas atreverse a tener esperanza.

—Te ama —dijo Jack Esqueletón.

Epílogo

Santa nunca olvidó esa Nochebuena; fue la más larga de su vida. Pero aunque fue espantosa, incluso a veces aterradora, Santa recordaba a Jack Esqueletón con cariño.

Porque la verdad es que Santa lo pasó verdaderamente bien esa noche. De forma extraña, tan extraña que apenas lo podía entender, las emociones y los escalofríos eran realmente divertidos. Naturalmente, Santa no le había revelado esto a ninguna alma viviente: ni si quiera a la señora Claus o a sus más leales elfos.

Ellos nunca sospecharán que de vez en cuando, cuando se siente ligeramente aburrido de su divertida y alegre vida, Santa sube a su trineo y desaparece por un rato.

—¿Y adónde va?

—A la Ciudad de Halloween a visitar a Jack.

Y allí, los dos viejos amigos se sientan, recordando cómo se conocieron y riéndose de uno o dos chistes acerca de la fascinación de Jack por la Navidad... y la secreta inclinación de Santa por Halloween.

Y al final de cada visita, Santa siempre le hace la misma pregunta a Jack.

—Jack, jovencito —dice con un brillo en los ojos—, si tuvieras que hacerlo todo otra vez, ¿querías?, ¿podrías?

A lo que Jack siempre responde, con una sonrisa de sumo placer:

—Naturalmente que quería, ¿tú, no?